ó los débiles caían bajo los golpes de los fuertes. Así morian muchos y en la tarde se recogian sus cuerpos sin sentimiento de los cuidadores, y con ganancia de la fosa comun. Se querrá creer? de noche dormian hasta *cuatro* en una misma cama, sin escepcion de mal ni de manìa! Pero qué importaban esos vanos pormenores?—Los mosqueteros de Trianon y los hombres de Estado de Choisy-le-Roi estaban ocupados en otras muchas atenciones. Un dia, no obstante, una muger que pasó por allí y se poseyó de amargura al espectàculo de aquellos séres de ambos secsos que arrastraban así su ecsistencia por entre innumerables enfermedades que se comunicaban unos à otros, madama Necker, decimos, obtuvo del ministro su esposo que las camas de *cuatro* fueran reemplazadas por camas de *dos*, divididas con una tabla que interceptase lo mas posible los miasmas pestilenciales.

En fin, en lo mas encendido de la reaccion revolucionaria apareció un hombre; el genio del bien iluminaba su faz, la caridad coronaba su frente con una aureola divina; él se inclinó, como el Mesías, hácia aquella multitud que sufria. El quiso, hollando bàrbaras preocupaciones y desdeñando temores vulgares, que le dejaran acercàrsele los pobres dementes. A su voz, cayeron las cadenas y se abrieron las puertas de los calabozos. Quién podrá describir jamas la dicha de aquellos infelices devueltos al sol y á la libertad; quien dirá sus transportes cuando se rodeaban de su Salvador ó se prosternaban ante aquel que era para ellos la imàgen de la divinidad sobre la tierra!

Pinel, cuyo nombre de aquí para adelante debe ser escrito al lado del de el abate de l'Epée y de San Vicente de Paul, Pinel llevó á cabo su reforma por el medio mas simple; sustituyó la dulzura á la fuerza brutal, y los enagenados comenzaron á sentir la saludable influencia de ese sistema. En tiempo de los Burguiñones y de los Armagnacs se habria acusado á Pinel de hechicería y quemádosele vivo; bajo el de Robespierre se le supusieron inteligencias con los partidarios de Luis Capeto. Los miembros de la junta de salud pública declararon que Bicêtre y sus locos le servian de pretesto para salvar aristócratas. Pinel compareció en la barra de la Convencion; su defensa fué digna, sus palabras elocuentes como sus obras; desdeñó los ridículos medios de La Réveilliére-Lepaux y de los teofilántropos. Aquel dia fué batida la junta de salud pública y la guillotina perdió una cabeza.

Por uno de esos contrastes estraños que hormiguean en los sangrientos anales de 93, los revolucionarios que habian decretado las matanzas de Septiembre y tronchado las cabezas de los locos, miéntras los nobles eran puestos en porciones arregladas para ir á la guillotina; esos revolucionarios, decimos, rompieron las cadenas del marques de Sades, á quien encontraron tirado en un cuarto, ebrio de lujuria. El marques de Sades! A este nombre que de tristes recuerdos se despiertan! Qué locura la de aquel hombre á quien un decreto impenetrable de la Providencia, dió por abuela á la bella Laura de Noves, cantada por Petrarca! El marques de Sades anunció desde temprano las infamias y crímenes que mas tarde habian de llevarlo á Bicêtre. Siendo simple oficial en el regimiento de Beauvoisis, de guarnicion en Marsella, tuvo la idea, estando en un baile, de poner tintura de cantáridas en los refrescos. Un cuarto de hora despues, habia cambiado la fisonomía de la fiesta, sin que se pudiera esplicar la causa; todos se torcian en frenéticos transportes; minuets y gabotas fueron reemplazados por una escandalosa bacanal.—El 18 brumario, restituyendo un poco de calma à la Francia, se apresuró á reparar los escesos pasados; por órden de Napoleon fué reconducido à Bicêtre el marques de Sades, y de allí se trasladó á Charenton en compañía de Trenice.

Este Bordeles, que dió su nombre á una figura de nuestras cuadrillas, cayó en demencia en sus últimos dias, tanto á causa de los súbitos quebrantos de su fortuna, como de su orgullo sin límites. Trenice llegó à Paris en los mejores tiempos del consulado. Fué el rey de la danza; se le convidaba y gratificaba muy alto en las embajadas, en los ministerios y en las casas de los miembros del senado conservador, en donde figuraba con una gracia soberana al lado de la reina Hortensia, de la señorita Elisa Lescot y de madama Hamelin, la criolla; su único rival temible era M. de Flahaut, hoy lugarteniente general. Las sílfides del consulado, los antiguos vestidos de seda del hotel Ogny, aseguraban que Trenice era muy superior al gran Vestris. El zéfiro gascon habia declinado con el imperio; al principio de la restauracion recibió hospitalidad en el hotel de Praslin; pero à poco, viendo caer en desuso las cabriolas y los *si sol*, se estraviaron sus facultades; el delirio se apoderó de su cerebro, un delirio tranquilo y dulce que fué como un renacimiento de sus trabajos y de sus conquistas de otra época. En Charenton no cesaba de repetir Trenice que él era el danzante del mundo; pasaba el dia entero haciendo la cadena de damas, y murió como habia vivido, ecshaló el último suspiro diciendo: adelante dos!

El consulado y el imperio prosiguieron la pronta realizacion de las reformas de Pinel. En 1801 habia ya en Bicêtre mil y quinientas camas en que los enfermos dormian solos; doscientas sesenta y dos, en que dormian de á dos; ciento veinticuatro con dobles tablones que separaban á los que se acostaban en un mismo lecho; ciento setenta y dos camas solas afianzadas á la pared, otras ciento veintiseis para los gálicos, y treinta y

seis de reserva. En 1803, se hicieron nuevos cambios, entre otros, la supresion del cuartel de mugeres, quienes fueron instaladas en la Salitreria; el plan estaba tan bien dispuesto que cuando M. Ferrus fué llamado á la direccion médica, no tuvo mas que hacer sino seguir el camino àmpliamente abierto por el gran Pinel.

El doctor Ferrus, discípulo de Gall, tomó de las teorías de su maestro lo que tienen de práctico y de verdaderamente útil, repudiando sus conclusiones paradójicas y sus tendencias demasiado materialistas. Si Bicêtre ha cambiado completamente de aspecto, si no se encuentra allì ningun vestigio del sistema opresor de otra época; si todos los enagenados, sin escepcion, se acuestan solos en camas de fierro bien cómodas y blancas; si en ninguna parte ecsiste la apariencia de una prision ó de una coercision cualquiera; si en fin, los locos sin escepcion, y particularmente los *rematados*, tienen cuidadores; si todas las pobres criaturas reunidas allí en número de casi dos mil, han obtenido la mayor suma de libertad compatible con su estado, se debe á M. Ferrus. Pinel rompió las cadenas, M. Ferrus ha colmado á esos pobres, libres de las ligaduras, de todas las dulzuras de la vida humana. Bajo su direccion se han acomodado à reglas sanitarias las antiguas habitaciones y dispuéstose otras: como por encanto han sido abiertos patios plantados de árboles; unas celdillas colocadas en las cuatro caras de un paralelógramo casi monumental, sirven de lugar de reposo á los enagenados que van y vienen con toda libertad, sin temor de los malos tratamientos ó amenazas del guarda-chisme de otro tiempo. Antes de Pinel valian mas las galeras.

No se debe omitir que M. Ferrus ha sido poderosamente ayudado en sus reformas por su título de médico de M. Thiers. Privado de aquella alta influencia, los proyectos del filántropo habrian corrido el riesgo de esperar mucho tiempo; pero mientras que M. Thiers, ministro, hacia construir ostensiblemente un palacio de hilo de fierro para los monos del jardin de las plantas y dejaba gritar al radicalismo virtuoso, sin hacer ruido, sin decirlo á nadie, ausiliaba y alentaba á M. Ferrus en sus nobles labores; de manera que el régimen de los enagenados de Bicêtre, que ha llegado hoy á su mas alto grado de perfeccion, es tanto la obra del sabio doctor, como del mìnistro del rey.

Y no contento M. Ferrus con ausiliar el desarrollo de la libertad haciendo gozar à los dementes de una independencia facticia en el interior del edificio, ha procurado prepararlos al goce de la verdadera libertad en el esterior. A este fin, han adquirido los hospicios la quinta de Santa Ana, pequeña propiedad situada á media legua de Bicêtre. Los enfermos, llevados todas las mañanas à esa quinta-modelo y vueltos al hospicio

en la tarde, se ejercitan en diversos trabajos de jardinería ó de cultivo. Las visitas á la quinta de Santa Ana son una recompensa que estimula el celo ó la actividad de los locos. A tal maniático caido en atonìa ó á tal furioso que rehusaban todo alimento durante seis semanas, se les ha sorprendido comiendo ó cortando yerba, arrastrados por el magnético ejemplo de sus compañeros. Los trabajos en la quinta de Santa Ana son fecundos en episodios novelescos; la pastoral ó el idilio muestran allì á veces sus mejillas rosadas y su blonda cabellera. Una flor, una fuente que corre, un pájaro que canta, operan á veces la curacion inútilmente buscada por la medicina. Pero no hay que formarse ilusiones sobre la quinta de Santa Ana; el sitio es muy poco à propósito y el lugar dista de tener el aspecto de una quinta de Normandìa ó de Beauce, como Bicêtre de parecerse á un castillo ducal.

El descanso era debido á tan nobles tareas. Hace cuatro años sonó para M. Ferrus la hora de retirarse; hoy es, como lo fué Gall en otro tiempo, un viejo de sesenta y cinco años, bueno y risueño, discreto, cortés, de finos modales, de estrema afabilidad, y cuyo sereno semblante refleja los tranquilos pensamientos de su alma, sin debilitarlos. Al dejar M. Ferrus las funciones de médico primero de Bicêtre ha sido promovido à las funciones de inspector general de las casas de locos de Francia, y su plaza dividida en dos partes se ha provisto en médicos de incontestable mérito, MM. Voisin y Leuret. Esta division se esplica con el deseo de procurar los progresos de la ciencia, los cuales en medicina no son mas que el empirismo. Con vista de las mejoras obtenidas se han dividido las opiniones acerca de cuál sea el mejor sistema de tratamiento, y este era el caso de aplicar la mácsima *experientiam faciamus in anima vili.* En efecto, qué mayor envilecimiento de alma que la demencia! M. el doctor Voisin y M. el doctor Leuret tienen cada uno su doctrina; resta saber cual es preferible, y aun si alguna de las dos es buena.

Ante todas cosas, es necesario hacer constar un hecho y es, que Bicêtre privado de su prision por una parte y por lo embellecido y salubremente dispuesto por medio de las construcciones del doctor Ferrus, no tiene à la hora presente ni originalidad ni carácter propio. Los que han visto locos en las novelas, en pinturas y en las óperas italianas, se forman de la locura una idea esactamente igual á la que dan las olas de lienzo de un teatro á las personas que no han visto el mar. Pasad de los umbrales y postigos, entrad à los patios y encontraréis á vuestro tránsito individuos que se forman, os saludan y os dirigen la palabra, á veces con demasiada oportunidad. En las salas de administracion y en los despachos, rehusa uno creer que los tres cuartos de los cuidadores, tranquilamente sentados con

pluma cn mano, delante de sus mesas, sean dementes. Esto podria dar lugar à creer que la vida en comunidad atenúa el mal de los enfermos; pero la demencia obra en sentido inverso del medio en que se produce; cuanta mas razon hay en derredor de ella, ménos inclinacion tiene á estar tranquila.

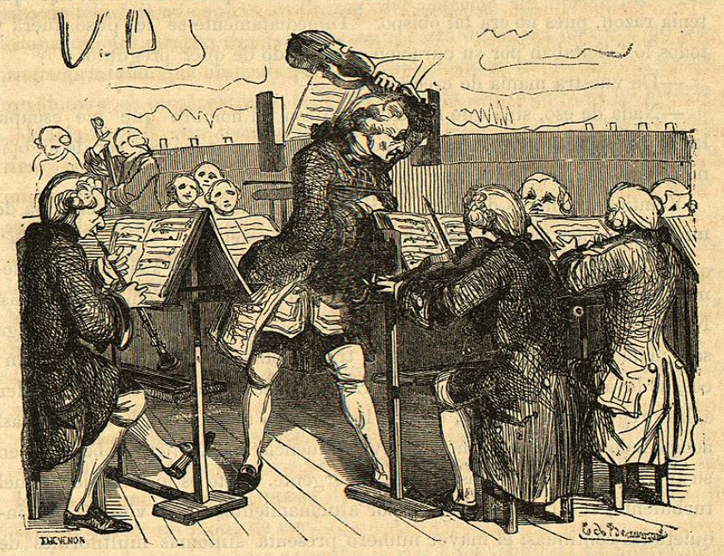
Pero en qué consiste la locura? Sobre este punto no están de acuerdo los médicos y los filósofos. Es la locura aquella disposicion de la inteligencia cuyo elogio ha escrito Erasmo; ó bien ese estado anormal que nos ha valido el libro de Broussais *de la Irritacion* y *de la Locura*, cuyo objeto es establecer que la demencia proviene de la irritacion total ó parcial del cerebro? La locura es una simple desorganizacion de la inteligencia, mas ó ménos completa, segun los síntomas, ú obra tambien sobre el elemento físico por desórdenes en la economía de los órganos? La Facultad declara que la demencia es el resultado de la parálisis, del reblandecimiento del cerebro ó de la inflamacion de sus membranas. Sobre tales diagnósticos se concibe que la medicina pueda combatir con écsito la invasion de la enfermedad, pero no suprimirla del todo; y de ahí es preciso concluir que la humanidad se para en donde comienza la terapéutica y que aplicados á la enagenacion mental, los silogismos, no valdrán jamas lo que las duchas. La manía, que es al principio una ecsageracion del carácter, se transforma, cuando es duradera, en una fiebre ardiente y llega al estado persistente de delirio. Este estado, neutralizando las funciones del cerebro, engendra un desórden sobre todos los puntos y en todas las acciones del individuo. La locura furiosa es el parasismo de aquella degradacion del hombre. Forzoso es, por tanto, reconocer la influencia de la medicina, en casos tan variados y deplorables, como higiene y no como curacion. Pero es ya una grande victoria obtenida sobre el mal, impedir que empeore.

Despues de retirado M. Ferrus, dos sistemas están en presencia uno de otro, el de M. Voisin y el de M. Leuret. El doctor Voisin, que admite la enfermedad del cuerpo y la del alma, obra á la vez sobre el uno y la otra; emplea todos los agentes terapéuticos ordinarios; sangrías, duchas, vejigatorios, y procede por los revulsivos aplicables á las perturbaciones anatómicas, al mismo tiempo que se dirige á la inteligencia y que no desprecia ocasion de poner al monomaniático en oposicion con su monomanía.

Los ejercicios en comun, la música, los conciertos, de que usa como sedativos, prueban que el descubrimiento del tratamiento moral es casi tan viejo como el mundo, pues sube á la arpa de David y al rey Saúl.

El tratamiento moral es la práctica esclusiva de M. Leuret; si por casualidad ha recurrido alguna vez á las duchas, solo ha sido como medio

de intimidacion, y aun ecsiste sobre esto un precedente histórico: las bombas de incendio que el mariscal Lobau tuvo la idea de dirigir, en lugar de cañones, contra un motin. Las teorìas espiritualistas del doctor Leuret lo llevaron un dia á un esperimento que el écsito no quiso coronar. Se habia hecho cantar misas en música à locas; M. Leuret imaginó que locos



representasen una comedia. Se improvisó un teatro, se distribuyeron y aprendieron los papeles y se prometian maravillosos resultados. La representacion destruyó en algunos minutos aquel edificio de bellas esperanzas. Arrastrados por la violenta escitacion de los nervios, se pusieron los actores á saltar y á hacer monstruosos gestos. A vista de este estraño drama, comenzaron los dementes espectadores á sacudirse con estremecimientos convulsivos; el remedio amenazaba ser peor que el mal. Es verdad que algunos médicos estrangeros, en Italia especialmente, han obtenido buenos efectos del empleo de la comedia; pero no han admitido á los locos sino de espectadores: todavía para cerciorarse mas de los efectos convendria dar á cada enagenado una representacion en el sentido de su manía. M. Leuret renunció á las representaciones teatrales y volvió à la pacífica propaganda de su tratamiento humanitario.

Uno de sus enfermos habia dado en creerse obispo, y el doctor agotaba los argumentos para demostrarle la falsedad de su opinion; al fin empleó M. Leuret la intimidacion, es decir, las duchas. La ducha consistia en un vaso de agua. Provisto de esta arma se acercaba á su hombre.

—Vos no os teneis por obispo, ¿no es verdad, mi amigo?

—Lo soy, respondia el loco, y os doy mi bendicion.

M. Leuret le daba las gracias por esta bendicion, arrojándole à la cara un vaso de agua, y este diàlogo húmedo se repitió tantas veces, que el enfermo, para evitar una última absolucion, acabó por decir al doctor que tenia razon, pues no era tal obispo. Inmediatamente se le puso fuera y todos lo felicitaban por su curacion.—¿Curado de qué? preguntó.

—De vuestra manía de creeros obispo.

—Nada de eso, sino que me encontré con un hombre que me escupia la cara siempre que le decia yo que soy obispo, y acabé por ser de su opinion para que me dejara tranquilo.

Veinticuatro horas despues, la víctima del tratamiento moral entraba de nuevo á Bicêtre para ser asistido por diverso sistema.

Los ejercicios del doctor Voisin tienen de notable que sus clases de dementes son tan decentes y graves como una sesion de las cinco academias. No se encuentra allì el desórden de los colegios. Reunidos en una larga sala maniàticos y monomaniáticos, y tranquilamente sentados sobre bancos, se levantan y se quitan sus gorras para recitar su leccion ó responder á las preguntas del mèdico, que les habla como un padre. Estos séres, asì acomodados à una ley comun à cuya influencia están sujetos, obedecen en su fuero interno á un pensamiento divergente. Este es melancólico, aquel turbulento, el otro vive fatigado por alucinamientos ó es víctima de inquietudes continuas; el mayor número presenta síntomas multiformes de esa lepra de la inteligencia, que se llama locura.

Y sin embargo, ejecutan con docilidad estrema órdenes que se les dan con la mayor dulzura: uno de ellos recita las fábulas de Lafontaine en un tono tal de declamacion, que pocos ejemplares encuentra en la comedia francesa; es un antiguo provisor de colegio á quien privó de la razon el abuso de los licores fuertes. La embriaguez es fecunda en resultados de ese género: ella determina una desorganizacion del cerebro, que se dà á conocer por la melancolía; si el hombre está en la fuerza de la edad ó al principio de la decadencia, el mal es incurable. Entre los músicos que hacen parte de los conciertos curativos, hay un viejo ciego que toca el clarinete, cuya manía es la de usar anteojos. Habitualmente está á su lado un jóven alto, de cabeza espresiva y ancha, de rostro ovalado y rizada cabellera que le cae sobre las espaldas; apénas tiene veinte años! Diráse al verlo, que es un àngel, ó un escudero de la edad gótica esculpido en mármol, que vela desde el siglo XV sobre el sepulcro de un emperador de Alemania. Era químico; sus trabajos y descubrimientos iban á estender el dominio de la ciencia! se le desdeña como á Salomon de Caus; su inteli-

gencia se estrella contra el pesar; desde ese momento cree que le han robado sus secretos y ese es el solo pensamiento que dia y noche arruga su frente.

Recorriendo los dormitorios y las diversas secciones, se encuentran pocos casos de aplicacion de la camisola. Esta no tiene nada que espante; es un saco de tela gris que sujeta los brazos del enfermo sin oprimirlos. Dos locos inquietos estaban con esa sujecion á corta distancia; uno era un zapatero prusiano, que despedia por intervalos sonidos ininteligibles, sordos gruñidos; y el otro, entrado la víspera, salia del estudio de un notario.

Habia hablado con Jesucristo y con Dios Padre de la regeneracion política y social del mundo, y particularmente de la de la Francia: tan fija era su idea, que la noche anterior se habia presentado á las tres en la casa de M. Odillon-Barrot à someterle sus doctrinas redentoras.

Este salvador de nueva especie raciocinaba muy sanamente sobre todas las materias que no pertenecian à su apostolado; cuando se ensayaba traerlo á este capítulo, os veìa venir desde léjos y respondia con una lógica inecsorable:

—O estais convencido, ó sois incrédulo: en ambos casos, mis palabras son inútiles.

Despues venia la divagacion.

—Ademas, Luis Felipe me ha hecho promesas y las cumplirà; su gobierno no ignora que el reposo del género humano depende de mí; M. Guizot conoce mi modo de ver....

Y como á estas palabras asomaba la risa á los labios de su interlocutor.

—¿Què haceis aquí? continuaba lleno de cólera é inflamada la mirada; ¿me tomais por ese imbécil que está allí?

Diciendo esto, señalaba al prusiano que se deshacia en titànicos esfuerzos por articular su *ut* de pecho.

Otro, á quien han ecsaltado las diatribas de los misioneros, delira con la purificacion del mundo por un bautismo de sangre. Su manía lo arrastra à las hecatombes humanas: à la primera señal que dió cayeron cuatro personas víctimas de su rabia religiosa. Seis años despues, creyéndosele vuelto á ideas mas calmadas, si no del todo curado, mató la víspera de Natividad á dos de sus compañeros y á un cuidador. Puede decirse con toda propiedad de la locura: "Lanzad al natural, que él volverá á galope."

Entre los incurables se cuenta á un *sugeto* cuya ecsistencia es muy semejante á la del conde de Hoffmann. Ese desgraciado lleva un nombre que el talento y las letras han hecho célebre; acaso descienda del ingenioso escritor que tuvo correspondencia epistolar con las mas grandes damas